

«EL PCE MANDÓ LIQUIDAR A MUCHOS DE LOS NUESTROS»

Miembro del Alto Mando Guerrillero, Victorio Vicuña (I) es uno de los escasos supervivientes de la sorda lucha del maquis contra el régimen franquista. Hoy, a sus 85 años, vive en San Sebastián dedicado a la defensa de los intereses de la Tercera Edad.

Pregunta.- Usted fue uno de los fundadores de la Agrupación Guerrillera de la Unión Nacional Española, quizá el grupo que más se distinguió en la lucha contra los alemanes en Francia durante la ocupación. ¿Cómo vivieron la Liberación?

Respuesta.- Fue una enorme alegría, pero hubo frustraciones. Cuando llegó la Liberación yo mandaba la 10ª Brigada de la Agrupación Guerrillera Española en los Pirineos Occidentales. Entonces vimos por primera vez a los nuevos dirigentes del Partido Comunista de España (PCE). Se habían instalado en una de las mejores calles de París, en la avenida Wagram, a 400 metros del Arco del Triunfo. Yo había ido a París pen-

Veterano de la lucha contra los nazis en Francia y contra la dictadura de Franco en España, Victorio Vicuña rememora 50 años después cómo vivían los guerrilleros españoles y sus desavenencias con la Dirección comunista afincada en París

MIGUEL JOSÉ RODRÍGUEZ
ÁLVAREZ / HISTORIADOR

sando que iban a agradecerme los años de lucha. Pues nada de eso. Los recién llegados de Rusia o México, Santiago Carrillo, Antonio Beltrán y otros, venían a eliminar a la antigua Dirección. Como los miembros de ésta durante la guerra no habían estado en Moscú ni habían hecho de mecanismo de transición de unas órdenes que no llegaban, sino que se vieron obli-

gados a tomar ellos mismos las decisiones, eran sospechosos. Y nosotros, que estábamos con la antigua Dirección, resultó que éramos unos pichirris, una mierdecilla. Venían a purgar a Luis Monzón, a Jimeno, a Manuel Azcárate, a todos los que habían estado jugándose el tipo. Los pusieron en cuarentena o los expulsaron del Partido.

P.- ¿Cómo le afectó a usted?

R.- Yo tuve suerte. Bastante ingenuamente, porque todavía no me había dado cuenta que corrían nuevos vientos, dije que no entendía las críticas porque el enemigo aquí y en Rusia era el mismo y, si nos cogían, todos acabábamos colgados de un árbol con el cartelito de «por rojo español». Aquello fue el acabose. No sólo se molestaron los dirigentes del exterior, sino los mismos compañeros que habían luchado en Francia. Vi claro que era mejor callarse. El caso es que me mantuvieron al mando de la 10ª Brigada. Estábamos en visperas de la operación *Reconquista de España* y mi unidad



Líder combatiente. Victorio Vicuña durante el verano de 1944, cuando mandaba la 10ª Brigada de la Agrupación Guerrillera Española en los Pirineos. Estando en ese puesto fue cuando llegó la Liberación.

debía pasar por la zona del Bidasoa. La operación era una quijotada. Así se reconoció en la reunión de Montréjeau, donde Carrillo planteó la suspensión de la acción escudándose en presiones del Gobierno francés. Los jefes de Brigada estuvimos de acuerdo y, tras la reunión, tomándonos unas copas, Carrillo nos confesó que había venido con miedo de que lo liquidásemos acusándole de derrotis-

ta e infiltrado. En la reunión yo me había quejado de que estaban ascendiendo a «capitanes araña» que no se habían batido nunca y que esto era malo para las operaciones y para la moral de los hombres. Y que otros, que llevábamos en la refriega desde el 34, nos quedábamos en mandos intermedios. Aparentemente me dieron la razón porque me concedieron el mando de la 110 División. Pero

casi a continuación me ordenaron pasar a España.

P.- ¿Cómo asumieron el cambio de combatir contra los alemanes a iniciar la lucha armada en España?

R.- Para nosotros era lo mismo; se trataba de luchar contra la misma bestia, el fascismo. Creíamos que la derrota de los nazis traería la caída del franquismo.

Antes de volver a España debía seguir un curso en lo que Franco llamó «La escuela terrorista de Toulouse». Llegué a una casa de campo en Tornefolles, un pueblo a 20 kilómetros de Toulouse, en noviembre del 44 para el inicio del primer curso. Éramos 12 alumnos: Cristino (2), Alberto Medrano, José Vitini, Pitín, Llerendi y otros más; personas que se habían significado en la lucha contra los alemanes. Estuvimos un mes sin salir recibiendo cursillos de cultura política. Nuestros profesores eran Carrillo y otros miembros del Comité Central. En los siguientes cursos participaron Líster y *Pasionaria*. Habíamos suspendido la operación del Pirineo, pero no la lucha armada. En vez de un frente inmóvil, estratégicamente erróneo, intentaríamos dar sentido orgánico y político a los destacamentos que llevaban años haciendo la guerra por su cuenta.

P.- ¿Qué instrucciones ▶▶▶

«Los recién llegados de Rusia o México, Carrillo, Beltrán y otros, venían a eliminar a la antigua Dirección y no a agradecer los años de lucha»

/// Llevaba cuando volvió a España?

R.- En diciembre del 44 un equipo de guías me pasó por el Pirineo gerundense hasta Barcelona, donde cogí un tren para Madrid. Llevaba un salvoconducto para seis meses que había hecho un técnico estupendo que teníamos en París, Jesús Beuiristain. Iba como miembro del Alto Mando Guerrillero, un nombre pomposo que escondía poco detrás, y como miembro de la dirección del Partido Comunista de Euskadi. Mi misión era intentar organizar una guerrilla en las zonas montañosas de Euskadi y, si no era posible, replegarla a los Picos de Europa. No tenía mando directo sobre ningún destacamento, pero debía preparar su coordinación con la organización del Partido. Respecto de los guerrilleros, yo actuaría como asesor aportando un contenido ideológico a sus acciones. Muchos maquis habían subido a la montaña para salvar la vida y, tras sobrevivir años en el monte, estaban realizando algunos actos deplorables. No lo digo como crítica, porque había que estar en aquella lucha durísima para poder juzgar: Desde un punto de vista técnico, debía mejorar la formación en el uso de explosivos y la utilización de claves y medidas de seguridad. La candidez casi siempre se pagaba con tu vida y la de los compañeros.

En Madrid me reuní con la Dirección del interior: Agustín Soroa, Celestino Uriarte y otro que no conocía. Discutimos sobre el papel que debía jugar en el norte de España y me infor-

maron con lo que podía contar en Bilbao, que era bien poco. Me instalé antes del final del año en un piso de la calle Henao, junto a la Comisaría Central.

P.- Debía crear una guerrilla en el País Vasco, pero en esta región no llegó a cuajar.

R.- Hubo varias razones. Primero perdimos a la mayoría de los hombres con que contábamos para esta guerrilla. Los habíamos organizado en una Brigada Vasca, pero el Partido Nacionalista Vasco (PNV) realizó



Condecoración. Certificado de la concesión a Vicuña de la medalla de la Resistencia francesa (1946).

una labor de zapa y en el invierno del 44 se pasaron con armas y bagajes al Ejército francés (3). Comenzamos a pasar grupos. Creíamos que todo estaba al rojo vivo y que nuestra mera presencia podría levantar a la población. Y no era así. El primer grupo, que mandaba el comandante Barroso, desembarcó en Fuenterrabía, pero a uno se le perdió un cargador que acabó en manos de la Guardia Civil. Comenzaron las redadas y el grupo y parte de la organización quedaron desmantelados. Los siguientes destacamentos llegaron diezmados o no llegaron: algunos murieron, otros fueron cap-

turados y alguno simplemente se fue a su casa. La táctica estaba errada, porque pasar un grupo armado campo a través desde Francia hasta Bilbao era imposible. Había que conocer muy bien la cartografía, dónde estaban los senderos, los bosques, las corrientes de agua, los puentes... y aún así era muy difícil llegar. La geografía del País Vasco no favorecía las acciones guerrilleras.

P.- Su primer objetivo fue Bilbao, ¿no es así?

R.- Sí. Intentamos crear una guerrilla urbana en Bilbao, pero no cuajó. Eran continuas las caídas de la organización. La Policía española ya había adoptado las técnicas de tortura de la OVRA y la Gestapo y era especialista en hacer hablar a los detenidos y, además, a muchos compañeros no les entraba que había que cifrar las direcciones. Unos fueron detenidos y otros huyeron a Francia. Yo me salvé porque mi dirección no la tenía nadie y las reuniones las concertaba siempre en la calle. Entre los que huyeron estaba Luisillo, el secretario general del Partido en Vizcaya, que al llegar a Francia hizo su informe. No convenció a la Dirección, que lo consideró un aventurero y un traidor, y lo hizo desaparecer. No puedo afirmar «lo hicieron en tal fecha y en tal sitio», pero fue ejecutado. Y también quedaron marcados todos aquellos cuyos nombres aparecieron en su informe.

P.- Entonces, el peligro estaba en el monte y en el Partido...



Formación castrense. Vicuña en 1937, en la Academia de Artillería Antiaérea de Gijón. La Guerra Civil le había sorprendido en Vitoria. Para salvar la vida, se enroló en una centuria de Falange y pronto logró pasar a zona republicana.

R.- Estábamos en pleno periodo estaliniano y se veía el peligro en cualquier casa. Muchos dirigentes, ante la menor duda, sólo pensaban en la eliminación. Si se aplicaba esto a los que conocíamos, imagínate lo que podía pasar con cualquiera que viniera de España sin referencias: «¡Es un

agente provocador, un infiltrado!». Cualquier sospecha podía acabar en fusilamiento. Si era sospechoso, se le llevaba a los grupos de leñadores del Pirineo, a los *chantieres* que había organizado Vallador, que funcionaban como tribunales de justicia. Y en el tajo de leñadores

pasaba a mejor vida. Sabíamos que nos jugábamos la vida a cada segundo y en la educación que habíamos recibido estaba ver infiltrados por todas partes. Lo más grave era que la Dirección de París, que estaba en situación de pensar con frialdad, veía aún más enemigos que nosotros. Aunque no fuesen sospechosos, se recibía mal a los que pasaban a Francia. Un miembro del Comité Central en Hendaya interrogaba a los huidos y, según su criterio, los recogía o los mandaba a hacer puñetas. E hizo unos estragos de miedo. Cuando se presentaba alguien diciendo que venía huyendo del interior, le gritaba: «¿Y hasta aquí has venido? ¡Fuera, cobarde, traidor!».

P.- Sin embargo, el maquis tenía uno de sus santuarios a escasa distancia, en los montes de Santander y Asturias...

R.- Precisamente, como era imposible mantenerse en el País Vasco, mandé a los pocos guerrilleros que habían llegado a los Picos de Europa, donde la guerrilla estaba consolidada, para que se fogueasen. En los Picos había varios grupos: el de Inocencio Aja en la zona del río Besaya, el destacamento de Martín Santos en Reinoso y la «Agrupación de los Picos» que mandaba Francisco Roiz Machado. Los recién llegados se incorporaron al destacamento que actuaba en Santander, el ▶▶▶

«Cada destacamento actuaba según las circunstancias. Llevaban años combatiendo y ningún general podía decirles cómo luchar»

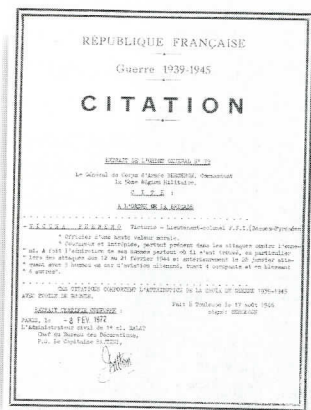
►►► *Malumbres*. El grupo eligió como jefe a Mateo Obra, uno de los nuevos venidos de Francia. En aquella época habría más de un centenar de guerrilleros en Asturias y Santander. Iban en grupos de cuatro o cinco, siempre en movimiento, reuniéndose una vez al mes en algún punto de apoyo.

P.- ¿Cómo era el día a día?

R.- En cada destacamento se acituaba según la geografía, la militancia política de los guerrilleros o la problemática local. A estos hombres que llevaban años batiéndose con la Guardia Civil ningún general podía decirles cómo tenían que luchar. Desde París se pretendía darles cierta uniformidad militar, pero enseguida vi que el único papel que podíamos jugar era el de combatientes e intentar darles una cierta conciencia política. Y aprender de ellos, porque su forma de batirse no estaba en ningún texto militar. Si las guerrillas habían subsistido desde la Guerra Civil era porque adoptaban unas tácticas parecidas a la de los indios americanos: desplazamientos continuos campo a través, marchas nocturnas, dominar la geografía, las cuevas, los desfiladeros... No había que pisar la hierba alta ni entrar en caminos embarrados, ya que nuestras botas dejaban marcas diferentes a las almadreñas de los campesinos. O dejar huellas, pero andando hacia atrás para despistar. Cuando dormías en una cabaña, había que remover la paja para no dejar las marcas de los cuerpos. No dejar nunca restos de comida o colillas.

P.- Usted ordenó a la guerrilla que se instalase nuevamente en Bilbao. ¿Por qué?

R.- Sí, pero es que esas eran mis órdenes y además, a inicios del 46 la situación en Bilbao se ha-



Héroe. Reconocimiento de la República francesa al valor de Vicuña durante la Segunda Guerra Mundial.

bía calmado y se había organizado un grupo del Partido que podía realizar tareas de apoyo e información. Así que acerqué la guerrilla. Para entonces, el *Malumbres* había perdido a dos hombres en combate, Eduardo López y Alfonso Martínez, ambos de Bilbao, y sólo llegaron media docena, porque los miembros más veteranos del destacamento no quisieron dejar el monte. Se instalaron en la mina abandonada «El Sauco», en las alturas de Basurto. Comenzamos las acciones de sabotaje y propaganda. Y entonces recibí el golpe más fuerte de mi vida. El máximo encargado del Partido en Vizcaya, Clemente Ruiz, me ordenó matar a Mateo Obra (4), el jefe del *Malumbres*. Según París, era un traidor porque su

nombre había aparecido en la lista de *Luisillo*. Su grupo había tenido un encuentro con la Guardia Civil al entrar en España, en abril del 45, y llegó solo a Bilbao por lo que contactó, sin saberlo, con la organización que había sido puesta en cuarentena. Pero Mateo, además de un buen amigo, era un hombre políticamente bien armado, que llegó a los Picos de Europa y los guerrilleros, sin conocerlo, lo eligieron como jefe.

Tengo que aclarar que estas acciones se ordenaban siempre desde el exterior, porque nosotros teníamos otras cosas que hacer que inventarnos traidores. Me negué a cumplir las órdenes. Si no lo hubiese conocido, lo hubiera eliminado. Pero yo lo había visto batirse en Francia. ¡Y de qué forma! Así que decidí jugármela y no hice nada.

P.- Y el cerco policial cada vez era más intenso, ¿no?

R.- El *Malumbres* fue desarticulado. Identificaron a un guerrillero muerto, Carballo, y cogieron vivo a Mateo Obra. Un guerrillero, Saturnino López, y yo comenzamos a avisar a los miembros del Partido que podían estar en peligro. Teníamos que avisar a la familia Triguero y a la familia Ocea porque, identificado Carballo, las pesquisas se dirigirían hacia ellos. Estando en casa de los Triguero aparecieron seis policías para detenerlos. Vací el cargador, cayeron dos y los demás salieron huyendo. Nosotros también salimos corriendo y logramos escapar. El resto del *Malumbres* y la organización fueron ca-

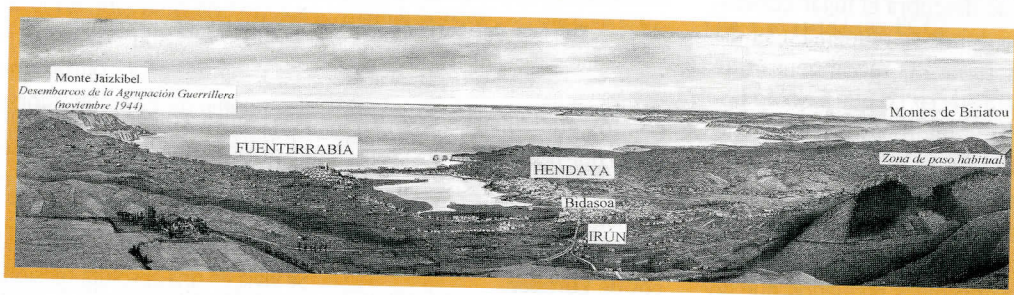
yendo. Mateo se encontró en la cárcel con Monzón, que había sido expulsado del Partido, y se enteró por él que en París lo habían sentenciado. Y con ese pesar lo fusilaron en Derio.

Surgió otro problema, porque Alberto Medrano, el miembro del Partido que realizaba los enlaces con Madrid y Andalucía, vino a hablarme. Era un intelectual que había luchado bien

desertor. Se fue a Madrid con su familia.

La Policía andaba detrás mío. Sabían que era vasco, que me hacía llamar Julio y que tenía una cicatriz en el cuello, por lo que empezaron a detener a docenas de personas con esas características. Yo estaba indocumentado y en Bilbao ya no podía hacer nada, así que pedí pasar a Picos de Europa.

ciplina militar. *Juanín* (5), por ejemplo, se había hecho una pequeña cabaña, sus vacas, sus caballos... Era el instinto del campesino de hacerse con un pequeño patrimonio. En su cueva guardaba los tricornios y correaes de los guardias civiles que había matado con un papel que ponía «guardia civil muerto el día tal del tal». Audaz como él solo. Pero cuando hablabas con



en Francia y que el mismo Carrillo había seleccionado para venir a España. Fue sincero y me dijo: «Mira, quizá he pecado por no decirlo antes, pero quiero volver a Francia. No puedo soportar más la lucha y en Francia puedo seguir siendo útil». Yo ya me había dado cuenta de que la dureza de la lucha le estaba afectando. Pasé la petición, aunque me imaginaba lo que iban a responder, porque para el Partido quien tenía miedo era lo mismo que un traidor. De París me dijeron que había que matarlo. Pero tampoco podía meterle un cargador, porque éramos amigos desde Francia y tenía toda mi confianza. Así que tuve que decirle que desapareciera por su cuenta, como si fuese un vulgar

La frontera. La zona de Irún y Fuenterrabía era uno de los lugares de paso más habituales.

P.- Usted fue testigo de algunos de los episodios más conocidos de esta guerrilla, como la muerte de *Machado*.

R.- Ingresé en la agrupación que mandaba *Machado*. Nuestro cuartel general estaba en Sotres, donde nos dejábamos ver a plena luz del día. Allí también teníamos una imprenta de rollo escondida en una de las cabañas donde se hace el queso de Cabrales. Parte de los guerrilleros eran de la zona, lo que suponía una gran ventaja. Pero se habían lanzado a la lucha para salvar su vida y no encajaban la dis-

él para intentar convencerle de algo, te escuchaba, te daba la razón y seguía a lo suyo. *Machado* también era valiente como él solo. Recuerdo que decía que era valiente porque sabía que iban a matarle y lo mismo le daba hoy que mañana.

P.- ¿Y las acusaciones de falta de compasión?

R.- Le voy a contar un ejemplo. A poco de incorporarse al grupo perdimos a nuestro jefe. Llevábamos dos días en Sotres, después de una operación fallida para hacernos con la nómina de las «Minas de Reocín». El guardamontes, Eloy, un hombre casado y con cuatro hijos, nos había delatado. Sor-

«El jefe del Partido en Vizcaya, Clemente Ruiz, me ordenó matar a Mateo Obra. Me negué porque le conocía; si no, le hubiera eliminado»

prendieron a *Machado* preparando la comida y, aunque reaccionamos e hicimos varias bajas a los guardias, nuestro jefe quedó muerto. Uno del grupo, Santiago, dijo que esto era cosa del guardamontes; en efecto, encontramos una carta del teniente del puesto de Arenas de San Pedro que decía: «No interesa que nos señale la presencia de los bandoleros, sino que descubra el lugar concreto donde se reúnen. En su día obtendrá la recompensa que se merece». Lo que pasó no podía impedirlo y además ni lo intenté. La gente se estaba jugando la vida. La mujer se arrojaba... Parece que la estoy viendo. ¡Aquella pobre mujer con cuatro niños pequeños, que no tenía ninguna culpa de cómo era su marido! Pero nosotros no podíamos dejar a aquel traidor a nuestras espaldas.

P.- ¿Encontraban apoyo entre los campesinos?

R.- En los Picos teníamos pocos puntos de apoyo, media docena de casas de campo que cuidábamos como oro en paño, porque en ello nos iba la vida. Íbamos de noche, cogíamos el pan y las medicinas y desaparecíamos. Pero la mayoría de los campesinos no quería saber nada. Otra cosa es lo que decía nuestra propaganda. Por ejemplo, entramos en un pueblito de montaña cerca de Llanes. Hicimos una hoguera con los muebles y cuadros del local de Falange y hablamos a una veintena de hombres, mujeres y niños. Pero, para *Mundo Obrero*, «cientos de campesinos confraternizaron



Dureza del terreno. Un grupo de soldados republicanos atravesando las nieves pirenaicas camino de la frontera francesa.

con los guerrilleros». Vamos, como que nos recibían con banderas y banda de música.

P.- ¿Cuándo y cómo dejó los Picos de Europa?

R.- En otoño del 46, Agustín Soroa me ordenó acudir a Madrid. Y aquí hay que aclarar que, en cuanto a la dirección del maquis, fracasamos totalmente. Los miembros del Alto Mando prácticamente no nos veíamos. Cada cual se replegaba en un círculo de personas de confianza y hacía su vida. El caso es que fui a Madrid, a la calle Santa Brígida, donde me comunicaron mi misión. Debía acudir a una reunión en la sierra de Gredos para unificar las diferentes guerrillas y tenía que sacar de allí a Fermín Isasa. Su caso es un ejemplo de cómo no hay que hacer la guerrilla. Fermín había mandado una brigada durante la Guerra Civil, pero luego había ido a México y no participó en la Segunda Guerra Mundial. En 1945 el Partido lo mandó a dirigir la guerrilla de Ciudad Real. Llegó creyendo que estaba en un Ejér-

cito regular: comenzó a ordenar guardias, a establecer saludos, se agenció una cama mientras que los demás dormían en el suelo... Sus hombres iban a fusilarlo. Se vivía en una absoluta tensión.

Mientras preparaba mi viaje a Ciudad Real aprovechamos para volar la sede de Falange de la calle Almagro y la residencia del director de Abastos de Madrid. Desde la caída del grupo de Cristino la prensa hablaba «del fin del bandidaje comunista» y queríamos que viesen que no era así. Las dinamitamos por la noche y al día siguiente me acerqué a la calle Almagro. Recuerdo muy bien las medias sonrisas de los transeúntes que pasaban por delante del local volado. Luego me desplazé a Ciudad Real y pude sacar a Fermín Isasa con vida. No le sirvió de mucho, porque Franco lo fusiló pocos meses después. Bueno, creo que de los que he hablado casi todos acabaron así: Cristino, Soroa, Vitini, *Machado*, *Juanín*, Saturnino López, Obra...

P.- ¿Cómo fue la reunión con las guerrillas?

R.- Bien. El destacamento de Francisco Blancas *Veneno*, los socialistas y nosotros intercambiamos información, establecimos objetivos comunes, presentamos un balance de actividades de los últimos seis meses... También se eligió a un jefe para las guerrillas de Ciudad Real y Córdoba: *Veneno*.

Volví a Bilbao con Celestino Uriarte para intentar reorganizar el Partido, pero en 1947 ya se veía que la guerrilla no iba a ningún sitio. Sacrificábamos a los mejores hombres sin ningún resultado. Pero desde el exterior se seguía enviando con mucha alegría a los mejores militantes. Porque en París había muchas envidias, mucho abuso de poder y de ganas de estar en la Dirección y nosotros éramos los peones con que se jugaba.

P.- ¿Cómo fue su retorno a Francia?

R.- En 1948 me ordenaron que volviese a Francia. El Partido, que había sido expulsado del Gobierno de la República y del Gobierno vasco, iba a disolver los destacamentos armados e iniciar una política de infiltración en los sindicatos verticales y universi-

dades. Yo, tras lo ocurrido con Obra y Medrano, no las tenía todas conmigo y todavía menos cuando vi que era un equipo de cuatro guías el que venía a pasarme. El caso es que hice toda la marcha el último del grupo y con la mano en la pistola. Hasta que me entrevisté con Claudín no respiré tranquilo. Allí vi el enorme desconocimiento que tenían nuestros dirigentes de la lucha, porque me dijo: «¡Pero, bueno, tú hablas de dificultades, pero no me hablas del gran apoyo de los campesinos!». Y en París, con Líster, fue aún peor. Después de hablarle largo y tendido de las particularidades de la lucha, sentenció: «¡Eso son gilipolces!». El informe se lo di a Carrillo. Me preguntó que qué sabía de Mateo Obra. Le dije que lo conocía como a un hermano y que todo lo que se decía de él era falso. Y que eso lo estaba demostrando torturado en la cárcel. Y añadí que hay cosas que desde mil kilómetros no se pueden juzgar, que me habían puesto en un dilema al decirme que lo matase y que no lo hice. Carrillo, porque los hechos me habían dado la razón, no dijo ni pío y pasó a otras cosas.

Lo que dije se entendió como

crítica a la Dirección. El caso es que como en Francia era bastante popular no me represaliaron oficialmente, pero me vetaron para ocupar cargos de responsabilidad. Ya con la desestalinización pasé a ser secretario de Organización y luego miembro del Comité Central del Partido en Euskadi.

P.- ¿Cómo valora hoy su lucha y el papel del PCE?

R.- Yo creo que siempre he estado donde debía estar. En Francia los españoles fuimos los primeros en dar la cara y tuvimos la satisfacción de estar entre los vencedores. En España no tuvimos esa satisfacción, sino continuas frustraciones. Pero creo que en 1944-45 había que intentarlo. Otra cosa es que se tardase demasiado en adoptar otra política, que era la acertada, la de infiltrarse pacíficamente en sindicatos y universidades.

Respecto a lo segundo, me duele que el PCE, que tiene una lucha contra la dictadura como ningún otro partido, haya dilapidado ese capital político. Y lo hemos dilapidado los propios comunistas, pero sobre todo la Dirección. [15]

NOTAS NOTAS

- (1) **Victorio Vicuña Ferrero**, alias *Julio Oria*, nació en Lasarte (Gipuzkoa) el 21 de mayo de 1913. Fundador del sindicato Unión General de Trabajadores y de las Juventudes Socialistas en este municipio, la Guerra Civil le sorprendió en Vitoria. Para salvar la vida, se enroló con identidad falsa en una centuria de Falange y logró alcanzar las líneas republicanas. Tras la derrota, fue encerrado en el campo francés de Gurs y luego en el campo de concentración de Mausac, del que escapó en noviembre de 1941. Fue uno de los fundadores de la Agrupación Guerrillera de España, de la que mandó la 3ª y la 10ª Brigada. En 1944 volvió a España

como dirigente del Alto Mando Guerrillero hasta 1948, que retornó a Francia. Regresó a España durante la Transición y dejó la militancia en el PCE. Ahora trabaja en defensa de los derechos de pensionistas y jubilados.

- (2) **Cristino García** nació en Sama de Langreo en 1914. Durante la Guerra Civil alcanzó el grado de teniente y en Francia el de teniente coronel, una de las graduaciones más altas logradas por un español en la guerrilla francesa. En abril de 1945 entró en España para organizar la Agrupación Centro de Guerrilleros. Capturado, fue fusilado con nueve de sus compañeros el 21 de febrero de 1946.

- (3) Este episodio es relatado en el artículo de Miguel J. Rodríguez «Los vascos en la II Guerra Mundial», en *Historia y Vida*, nº 351, junio 1997, pp. 78-89.

(4) **Mateo Obra** nació en Guadalajara en 1921. Tras luchar con el ejército republicano y con el maquis francés en la Alta Saboya, pasó a España en abril de 1945. Jefe del destacamento *Malumbres*, fue capturado en Lujua en 1946 y fusilado en junio de 1949 en Bilbao.

- (5) **Juan Fernández Ayala**, *Juanín*, que se echó al monte en 1943, fue uno de los últimos maquis. Cayó acribillado en su pueblo natal el 24 de abril de 1957.